

MUSICA POPULAR CON UN FONDO  
DE FEDERICO CHOPIN

CUANDO observamos la evolución artística a través de los siglos, notamos que el arte se eleva, tornándose más y más refinado y cerebral; y que después de haber llegado a una cumbre de perfección, inmediatamente se desploma. Los grandes modelos subyugan con su magnitud a los artistas que quieren imitarlos o copiarlos, ya que no les es posible crear obras originales que sobrepasen las de los maestros. Suele no tardar en producirse una reacción. Vigorosos talentos jóvenes quieren romper la esclavitud que los sujeta, llenos del tedio que les causa el arte decadente de los copistas sin vida ni emoción, y enérgicamente vuelven a las fuentes de la inspiración, a la naturaleza y a las espontáneas manifestaciones del sentido poético o musical del pueblo.

La última de esas grandes revueltas se produjo en los siglos XVIII y XIX. Empezó en Francia, con Rousseau y el *Teatro Libre* fundado por los naturalistas. Ganó Alemania, donde Herder despertó la poesía caída en catalepsia, con su libro *Las voces de los Pueblos en Canciones*, versión alemana de la poesía popular internacional. En Inglaterra, Tomás Moore, el amigo de Lord Byron, escribió sus *Melodías Irlandesas* y tradujo coplas de muchos pueblos. En la música aparecieron temas y ritmos populares. Beethoven empleó tonadillas y bailes campestres, no solamente en su *Sinfonía Pastoral*, sino en otras obras importantes. Los



vales de Schubert contenían innumerables melodías de las sierras austríacas. Listz compuso sus *Rapsodias* inspirándose en las extrañas melodías de los gitanos; y Chopin descubrió el riquísimo *folklore* eslavo, hasta entonces totalmente desconocido.

La figura del genial polaco merece una atención especial. Siendo muy joven pasó sus vacaciones en el campo, en medio de una naturaleza salvaje, repartiendo su tiempo entre charlas graciosas con sus amigos y largos paseos solitarios. Siempre delicado de salud, Chopin no tomaba parte en los ejercicios violentos de sus compañeros, pero le interesaban las fiestas de los campesinos, apasionados por el baile y el canto. Allí fué donde Chopin captó melodías y ritmos, raras sonoridades de instrumentos arcaicos, armonías nuevas todavía no empleadas por otros compositores. Su exquisita sensibilidad amplió e intensificó este material musical y lo inmortalizó en sus polonesas y *mazurkas*.

La obra nacional de Chopin es poco tocada y comprendida en Europa central y occidental. De las polonesas no se oye sino la *Gran Polonesa*, de las *mazurkas*, una u otra en conciertos. Pero cualquiera de ellas, siendo interpretada por un artista no eslavo, carecen de esa melancolía suave y vaga que en polaco se llama *zal* (como en gallego, «morriña», y en portugués, «saudade»), y de que les da un encanto especial, como la bruma diáfana y nacarada cubre los montes y valles de la poética patria de Chopin.

*Zal*, nostalgia a la vez dulce y amarga, es un sentimiento en el que Chopin se sumergía voluptuosamente. Listz le oyó decir una vez que nunca podía librarse de esa añoranza que formaba de cierto modo el fondo de su corazón. Frecuentemente repetía la palabra *zal*, como si su oído sintiera avidez de escuchar ese sonido que suscitaba el recuerdo de cuanto más quería en este mundo: los suyos y Polonia.

La melancolía innata en todo eslavo, siempre nómada, siempre recordando con pena lo que el pasado le ha arrebatado, siempre añorando lo que le espera en el futuro, se desarrolló poderosamente en el músico durante su exilio en Francia, en donde nunca se aclimató. Chopin no abrió su corazón sino a sus compatriotas. No le gustaba escribir en francés temiendo, como decía, que le faltaran términos para expresar adecuadamente lo que sentía. Bien podía cantar con el huérfano lusitano:



*Vivo en terra estranha  
Nao conhecendo ninguem.  
Vivo como peregrino  
Que tudo ve e nada tem.*

Esta nostalgia causa toda la diferencia entre su música y la de los demás, que no tenían motivo para sentirla; ni Beethoven en Viena, ni Listz que la mataba viajando. Los otros compositores empleaban motivos folklóricos musicalmente, como algo nuevo, curioso o raro; Chopin sentía, en cambio, su profunda afinidad con el pueblo que los había creado y encontraba en ellos su propio sentimiento. Por medio de ellos expresaba sus alegrías y sus penas.

El ambiente espiritual de su época—era el tiempo de Musset, de los románticos más o menos atacados del «mal del siglo»—, la atmósfera otoñal que reinaba entonces contribuyó fuertemente al desarrollo de ese *zal* que fué en constante aumento. En ninguna obra de Chopin puede observarse tan bien la progresión del desaliento, como en las *mazurkas*, fiel espejo de su alma. Eran su obra favorita, y en ellas recibimos sus confidencias secretas. Las últimas notas que su mano trazó, pero que ya no tuvo fuerzas para tocarlas, fueron una *mazurka*.

En esas composiciones hay una mezcla feliz de motivos populares y de impresiones de la naturaleza nórdica, llena de contrastes, que forma el marco de esos cuadros vivos. Con maestría incomparable, Chopin pintó su tierra natal: los ondulantes campos de oro, esmaltados de flores brillantes; los bosques milenarios, sombríos y majestuosos; las estepas solitarias, de intensa melancolía; las sierras agrestes y acantiladas; los ríos, cayendo en tumultuosa cascada, o deslizándose suavemente sobre un lecho de guijarros y arena. Pintó el revoloteo de las hojas secas en el suelo, la lluvia cayendo, la niebla. Se oye el viento que pasa silbando por ramas despojadas de su fronda; el eco, la tonadilla de la flauta del pastor en la sierra, las coplas de los campesinos bailando, la estampida de manadas de caballos, tropas avanzando, música militar, música religiosa, campanadas fúnebres.

Su obra contiene toda su patria. Para tocarla bien es preciso un arte sutil, sonoridades variadísimas, delicadeza diáfana, fuerza sin dureza. Es difícil interpretar esta música. Por eso los pianistas prefieren los valeses



y los nocturnos más internacionales, de los cuales decía Chopin, con una sonrisa amable, «que estaban hechos para dar gusto a las señoritas».

Desde que Chopin puso en evidencia los cantos y los bailes eslavos, y Listz dió a conocer la música húngara y gitana, muchos compositores han seguido su ejemplo, inspirándose en melodías y ritmos de su pueblo, y en el ambiente de su tierra, dando nueva savia a la música contemporánea. Ya no podemos prescindir de los *jazz*, tan originales y animadores, a base de batúques negros. Con delicia, escuchamos en las obras de los rusos—Tchaikowsky, Balakirief, Rimsky Korsakoff—las *doumkas* de los campesinos, las *vakulas* de los cosacos, y a través de esos ritmos extraños nos sentimos transportados a un mundo abierto hacia el Oriente. ¿Y qué decir de los españoles? No quiero empezar a hablar de ellos, de Albéniz, Falla, Turina, Granados, porque estas notas deber acabar aquí.

